

EN PEDAZOS: LA FRAGMENTACIÓN EN LA OBRA DE SÁNDOR FERENCZI.

Jô Gondar¹ (*)

RESUMEN: Hay dos formas de pensar la subjetiva fragmentación en la obra de Ferenczi. Los fragmentos pueden resultar de un conflicto o pueden estar relacionados con una multiplicidad original de la cual la propia subjetividad se deriva. En este artículo, considero ambas perspectivas en los textos ferenczianos, centrándome en especial en una de ellas -el fragmento como irreductible a la unidad. Se aborda un tema contemporáneo, toda vez que las subjetividades y sus relaciones afectivas, estéticas y políticas funcionan hoy, predominantemente, de manera fragmentaria.

Palabras clave: Sandor Ferenczi; fragmentación; trauma; destructividad.

RESUMO: Existem duas maneiras de se pensar a fragmentação subjetiva na obra de Ferenczi. Os fragmentos podem resultar de um choque ou podem estar relacionados a uma multiplicidade original da qual a própria subjetividade deriva. Neste artigo, levo em consideração as duas perspectivas nos textos ferenczianos, enfocando mais uma delas -o fragmento como irreduzível à unidade. Trata-se de uma questão contemporânea, uma vez que as subjetividades e suas relações afetivas, estéticas e políticas funcionam hoje, predominantemente, sob forma fragmentária.

Palavras-chave: Sándor Ferenczi; fragmentação; trauma; destrutividade.

ABSTRACT: In Pieces: fragmentation in the work of Sándor Ferenczi. There are two ways to conceive the idea of fragmentation in Ferenczi's work. They may result from a shock or they may be related to an original multiplicity from which subjectivity itself derives. In this paper I take into consideration the two perspectives of fragments in Ferenczian articles, but focusing more on one of them – the idea of fragment as irreducible to a unity. It is a contemporary issue, since subjectivities, and their affective, aesthetic and political relations work predominantly in fragmentary mode today.

Keywords: Sándor Ferenczi; fragmentation; trauma; destructiveness.

INTRODUCCIÓN.

El filósofo Gilles Deleuze (1953/2006) hace una distinción entre dos tipos de islas. Hay islas que se forman al separarse del continente; estas islas continentales, como se les llama, son islas accidentales, derivadas. Nacieron de una dislocación, de una catástrofe, de una ruptura. Pero también hay islas oceánicas. Estos son originales; no derivan de la fractura del continente. Se crean a partir de erupciones submarinas y emergen, desde un principio, como territorios independientes, con su propia perspectiva.

Los dos tipos de isla sugieren dos formas de pensar sobre los fragmentos. Las islas continentales son pedazos referidos a una unidad primaria; el fragmento en este caso es derivado, como en el caso de un jarrón que se quiebra o un cuerpo que se despedaza. Sin embargo, es posible pensar en ellas de una otra manera: al igual que las islas oceánicas, los fragmentos no estarían relacionados con una realidad preexistente; sino que serían múltiples, dispersos, independientes y, como tales, irreductibles a la unidad. En su *El dialecto de los fragmentos* (1798/1997), el filósofo alemán Friedrich Schlegel explica cómo podemos mirar estas piezas: “Un fragmento tiene que ser como una pequeña obra de arte, totalmente separada del mundo circundante es perfecto y acabado en sí mismo, como un erizo” (Schlegel, 1798/1997, p. 82).

Estas dos formas de concebir los fragmentos están presentes en Ferenczi. Él, es un pensador de discontinuidades, de rupturas, de pedazos y de restos. Y existen, en su obra, dos formas de contemplarlos: los fragmentos pueden surgir como resultado de un trauma o una catástrofe, o pueden haber estado allí desde el principio, en una especie de multiplicidad original de la cual la propia subjetividad deriva. Creo que es importante considerar estos dos modos fragmentarios sin la prevalencia de uno sobre el otro. Y no solamente porque la presencia de las dos sería más fiel a Ferenczi y a nuestras situaciones clínicas. La razón es que, si consideramos los fragmentos sólo como la destrucción de una unidad primaria, corremos el riesgo de guiar nuestra clínica por la senda de la unidad o la identidad. Por otro lado, si consideramos solo la multiplicidad original sin los traumas y dolores que trae la vida, corremos el riesgo de transformar el fragmento en sí mismo en una bandera política y en un nuevo tipo de sistema, precisamente lo que Ferenczi trató de evitar en su teoría y clínica.

Hecha esta advertencia, pretendo, en este artículo, tener en cuenta las dos perspectivas sobre los fragmentos en los textos ferenczianos, dedicándome más a una de ellas -la de las islas oceánicas. Y eso por dos razones. La fragmentación como jarrón hecho añicos, fruto del choque -como en las islas continentales-, ya ha sido muy discutida en trabajos sobre Ferenczi, pero pocos autores se han ocupado de esta original inclinación por el fragmento que encontramos en algunos de sus textos. Creo, además, que es un tema muy actual, que nuestros pacientes y nuestros encuentros en el mundo nos obligan a enfrentar: hoy, las subjetividades, las relaciones afectivas, estéticas y políticas se presentan muchas veces de manera fragmentada. En un hermoso libro sobre las transformaciones históricas de la sensibilidad, Claudine Haroche (2008, p. 219) observa que el yo y la idea misma de sí mismo, su concepción como lugar y condición de síntesis, están actualmente en entredicho. No se trata simplemente de reconocer el descentramiento del sujeto a partir de lo inconsciente; más que eso, se trata de admitir su fragmentación, atomización o dispersión: “Los procesos de subjetivación se modificaron con las formas tecnológicas contemporáneas que inducen la aceleración, la instantaneidad, la inmediatez [...] Los individuos son bombardeados por imágenes y sonidos continuos, llevados a la fragmentación y dispersión, en un predominio de las sensaciones sobre las percepciones” (Haroche, 2008, p. 201-202).

A cuenta de esto, como psicoanalistas, estamos llamados a responder a un problema ético fundamental: ¿vamos a mantener una postura nostálgica, lamentando que las formas fragmentarias hayan ocupado el lugar de formas más sistemáticas o unitarias, o vamos a refinar nuestra sensibilidad y nuestra percepción para aquello que esas formas subjetivas y estéticas traen de nuevo, de digno y de creativo? ¿Cómo nos posicionamos frente a pacientes que, pensando y hablando de forma fragmentaria, se muestran refractarios a la asociación libre; a los pacientes que no tienen tiempo para un tratamiento dos o tres veces por semana; a los pacientes que no presentan una continuidad en sus relaciones y en sus vidas?

Para Ferenczi somos, en un principio, islas oceánicas. Esta fragmentación original se hace más clara si entendemos dos conceptos: autotomía y autoplastia. Descrita por los zoólogos, la autotomía es una defensa que utilizan algunos animales que, ante una situación de peligro, se deshacen de una parte de su propio cuerpo para salvar el resto. Ferenczi (1924/1993) relaciona este *liberarse de aquello que molesta al precio de deshacerse de una parte de sí mismo* con la forma en que los humanos reaccionan frente al trauma, utilizando una defensa más primaria que la represión: la escisión psíquica. Es bajo el modelo de la autotomía que Ferenczi lo concibe. En la escisión, el yo también se destruye a sí mismo o partes de sí mismo, fragmentándose para salvaguardar la supervivencia psíquica. Descomponer el yo en pedazos puede ser ventajoso, como explica Ferenczi en la nota del 21/02/1932 en el *Diario Clínico*: “Fragmentación La escisión en dos personalidades que no quieren saber nada una de la otra, y que están agrupadas alrededor de diferentes tendencias, realiza la economía del conflicto subjetivo” (Ferenczi 1932, p. 72).

El otro concepto importante para entender el valor de los fragmentos es el de autoplastia (Ferenczi, 1924/1993). Ante la imposibilidad de transformar el mundo para adaptarlo a sí mismos -comportamiento llamado aloplástico-, los seres vivos terminan respondiendo a las catástrofes transformando su cuerpo, su psiquis o su forma de vivir -comportamiento llamado autoplástico. El punto es que esta autoplastia es imposible sin la destrucción, parcial o total, del cuerpo y del yo o, en otras palabras: la autoplastia implica autotomía, fragmentación, como escribe Ferenczi:

“Conmoción”, reacción a una excitación exterior o interior de un modo autoplástico (que modifica el yo) más bien que aloplástico (que modifica la excitación). Esta neoformación del yo es imposible sin una destrucción previa parcial o total, o sin disolución del yo precedente. Un nuevo Yo no puede ser formado directamente a partir del Yo precedente, sino a partir de fragmentos, productos más o menos elementales de la descomposición de éste. (Ferenczi, 1932, p. 227).

Al fragmentarse, el yo queda más pulverizado, adquiere mayor plasticidad; un yo más diseminado y poroso puede adaptarse más fácilmente a una nueva situación o a un trauma. Hay una positividad en la fragmentación, como menciona Ferenczi en la nota del 21 de septiembre de 1930: “La fragmentación suele ser ventajosa: a) para la creación de superficies más grandes contra el mundo circundante, para la posibilidad de una descarga afectiva fuerte; b) desde el ángulo psicológico: el abandono de la concentración, de la percepción unificada, hace al menos desaparecer el sufrimiento simultáneo de un desagrado de múltiples facetas. Cada fragmento sufre por sí mismo: es eliminada la unificación insoportable de todas las cualidades y cantidades de sufrimientos (Ferenczi, 1930/1992, p. 248).

Hasta ahora, sin embargo, estamos hablando de fragmentación como defensa, de escisión como consecuencia de un trauma. Estamos hablando de islas continentales y no de islas oceánicas, que aluden a los fragmentos como condición originaria. Esta perspectiva comienza a hacerse posible cuando Ferenczi indica que la autoplastia y la autotomía, procesos que producen fragmentación, no son sólo mecanismos de defensa, sino también modos de subjetivación y de expansión psíquica.

Para Ferenczi, todo proceso creativo es necesariamente autoplástico y, por ese motivo, destrucción y creación aparecen juntas: “El proceso de destrucción tiene por consecuencia la productividad” (Ferenczi, 1932/1990, p. 73). La descomposición es esencial para la creación y reconstrucción de la vida, como explica en *Thalassa*: los organismos son impulsados “a reconstruirse a sí mismos a partir de sus propios restos, utilizando incluso la fuerza inversa que produce la destrucción parcial para poder continuar el proceso de su desarrollo” (Ferenczi, 1924/1993, p. 322). Ferenczi no concibe la vida sin destrucción. Entre ambas, sin embargo, no hay conflicto. Se trata de una forma de pensar no dualista, que admite la pulsión de muerte sin que ésta se oponga a la pulsión de vida. En lugar de oposición o conflicto, tendríamos tendencias de composición y tendencias de descomposición participando de un movimiento vital más amplio: “Incluso la materia considerada como ‘muerta’, por lo tanto inorgánica, contiene un germen de vida y, en consecuencia, tendencias regresivas hacia el complejo de orden superior que les dio origen [...] No existe la vida sin participación de las tendencias de la muerte” (Ferenczi 1924/1993, p. 325). Podríamos agregar, siguiendo a Ferenczi, que no hay creación sin la participación de tendencias destructivas. Los traumas y las catástrofes no son impedimentos para el desarrollo y la actividad creativa, sino precisamente aquello que los fomenta. Toda situación de catástrofe, escribe en *Thalassa*, “despierta la tendencia a la autotomía que duerme en el organismo [...], y los elementos de este comienzo de descomposición se convierten en los materiales de la evolución posterior” (Ferenczi, 1924/1993, p. 321). Este proceso es descrito poéticamente en *Autotomia*, de Wislawa Szymborska:

“Ante el peligro, la holothuria se parte en dos:
dejando que una mitad de sí misma sea devorada por el mundo
salvándose con la otra mitad.
Ella se bifurca súbitamente en un naufragio y salvación”
(Szymborska, 2016, p. 142).

El poema también alude a una especie de cálculo a partir del cual los organismos aceptan activamente su autodestrucción: “Si hay justicia, aquí está/Morir sólo por lo necesario, sin exceder la medida / Renacer con la mayor precisión posible de lo demás que se conservó”.

El proceso de autodestrucción también es utilizado por Ferenczi para pensar en la creación de nuevos órganos y nuevas posibilidades subjetivas y culturales: a partir de los restos de un proceso autodestructivo,

la vida inventa formas nuevas o más sofisticadas, ya sea en términos de la naturaleza o en términos de la cultura, ya que el psicoanalista húngaro no los separa. Tanto la respiración pulmonar, la digestión, la vertebración, como la memoria, la inteligencia, el pensamiento, el lenguaje, habrían sido posibles a partir de una destructividad creadora. En este punto, Ferenczi coincide con Sabina Spielrein, quien propone “la destrucción como causa del devenir”: “Lo más sorprendente de la autodestrucción es el hecho de que, en este caso, (en la adaptación, el reconocimiento del mundo circundante, la formulación de un juicio objetivo) la destrucción se convierte verdaderamente en la ‘causa del devenir’” (Ferenczi, 1926/1993, p. 402). La propia forma de pensar de Ferenczi sobre el trauma y sus efectos muestra el potencial creativo de las tendencias destructivas. Para él, el trauma no sería sólo una herida en la memoria, sino precisamente lo que debería constituir la: “La memoria es una colección de cicatrices de golpes en el yo” (Ferenczi, 1932, p. 150). También es así como explica el nacimiento del intelecto: “El intelecto sólo nace del sufrimiento [...], no simplemente del sufrimiento común, sino sólo del sufrimiento traumático” (Ferenczi, 1931/1992, p. 254). Incluso la imitación que surge de las situaciones terroríficas -lo que Ferenczi llama *identificación con el agresor*- está en la base de la memoria y la capacidad narrativa: “[Una parte del yo] trata de aprovechar esta destrucción. Las impresiones del mimetismo traumático se utilizan como huellas de memoria útiles para el Yo [...] El discurso es un relato de la historia del trauma” (Ferenczi, 1932, p. 151).

Solamente en los últimos textos de Ferenczi podemos entender la razón más profunda de este impulso a la fragmentación como estrategia de defensa y, al mismo tiempo, de creación de nuevas formas. Es entonces cuando aparece el modo fragmentario original, no derivado e irreductible a una unidad primaria. Ello es descrito inicialmente en el texto *El niño mal acogido y su pulsión de muerte* (1929/1992a). Al investigar la génesis de las tendencias inconscientes de autodestrucción, Ferenczi se da cuenta de que estas tendencias están presentes desde el nacimiento: a diferencia del adulto, el bebé estaría “mucho más cerca del no-ser individual, de lo que no fue apartado por la experiencia de la vida”. (Ferenczi, 1929/1992a, p. 50). “Los seres humanos al comienzo de sus vidas no tienen individualidad”, escribe Ferenczi (1932/1990, p. 189). Sería entonces, mucho más fácil deslizarse nuevamente para ese estado de no ser frente a las dificultades provocadas por el entorno, es decir, frente a la falta de acogida de los padres. Una buena recepción sería capaz de crear los contornos subjetivos necesarios para que un sujeto resista los embates del mundo, contra la tendencia a la autodestrucción, que son fuertes al nacer. La psique de un bebé, dice Ferenczi (1932/1990, p. 189), “no ha terminado de cristalizar, pero todavía está, en cierto modo, en un estado de disolución”.

Ferenczi no considera esta falta de defensas solo de forma negativa; el niño desprovisto de filtros tiene una superficie más amplia de comunicación con el universo, lo que le permite “saber del mundo mucho más de lo que permite nuestro estrecho horizonte”. (Ferenczi 1932/1990, p. 190). De hecho, los órganos de los sentidos de los adultos sirven “en esencia, para excluir una gran parte del mundo externo (en realidad, todo, excepto lo que es útil)” (Ferenczi, 1932/1990, p. 190). Debido a este estado disuelto ya la falta de medios de protección, los niños pequeños tendrían una sensibilidad mucho mayor que los adultos, manteniéndose “en resonancia con el mundo circundante”. (Ferenczi, 1932/1990, p. 117).

Pero existe otra forma de pensar sobre este estado. Antes de la concepción, escribe Ferenczi, “la persona todavía estaba, de algún modo, disuelta en el universo” (Ferenczi, 1932/1990, p. 117). En esa misma nota, propone un paralelo fisiológico a esta idea: “El individuo, antes de la concepción, estaba dividido por lo menos en dos mitades. Una parte formaba el elemento constitutivo de la madre, la otra el padre” (Ferenczi, 1932/1990, p. 117). A esta división inicial, Ferenczi la denominará “escisión precoz”, presentando una hipótesis insólita al respecto: “En este punto, se formula la pregunta muy precisa de saber si este estado de escisión precoz no es la prefiguración de todas las escisiones posteriores y también la de la escisión de la personalidad en la psicosis” (Ferenczi, 1932/1990, p. 117). De este modo, se propone un tipo de escisión que no se reduce a una reacción al peligro o a un mecanismo de defensa. Es una escisión originaria, que sirve de modelo para todas las que vendrán después; los auto desgarramientos narcisistas, resultantes de traumas, estarían reactualizando la escisión primordial. Es a esta condición originaria a la cual nos referimos cuando usamos la imagen de islas oceánicas, de una multiplicidad de fragmentos irreductibles a una unidad primordial. Al hablar de escisión precoz, Ferenczi sugiere que no nos fragmentamos simplemente como

resultado de un trauma; nuestro estado original ya estaría disuelto, escindido, fragmentado, y la unidad sólo se mantendría “por la presión del mundo circundante” (Ferenczi I, 1932/1992, p. 239).

Esta escisión precoz no tiene nada que ver con una desintegración. Se trata de un estado primigenio, anterior a la diferenciación misma entre integración, no integración o desintegración. Es en el empuje de este estado inicial que los cambios desfavorables en el entorno pueden provocar luego la desintegración, entendida como un retorno al modo fragmentado. Pero aunque pueda prefigurar los clivajes posteriores, el clivaje inicial no tiene nada de patológico en sí mismo. Es una escisión primaria, constitutiva, lo que significa que es una forma de estructurar el psiquismo, posibilitando un modo legítimo y no patológico de subjetivarse.

Es a través de esta forma fragmentaria que, según Ferenczi, un niño se relaciona con el mundo exterior. La porosidad y plasticidad de este modo de funcionamiento le permite al niño hacer algo más que identificarse con las figuras: es capaz de mimetizarse con el mundo. Como afirmaba Walter Benjamin (1933/1985) -y es curiosa la proximidad entre estos dos pensadores, Ferenczi y Benjamin- los niños, cuando juegan, no sólo se convierten en médicos o maestros, identificándose con las figuras paternas, sino que también se mimetizan con molinos de viento y trenes, con objetos del mundo. Este funcionamiento mimético, que implica una adaptación autoplástica al exterior, es lo que prevalece en el lenguaje de la ternura. (Hars, 2015). En este sentido, la ternura de Ferenczi es bastante diferente de la ternura de Freud: la ternura freudiana es una pasión inhibida en su objetivo, que posee una dirección aloplástica, mientras que la ternura de Ferenczi es un fenómeno autoplástico, siendo una condición básica de un tipo sensible de inteligencia que funciona en un registro diferente tanto de la razón como de la pasión. (Hars, 2015). El psicoanalista húngaro incluso menciona la “sabiduría infantil suprema y la omnisciencia”, afirmando que es la regresión a este estado poroso lo que vuelve a los médiums, psicóticos y bebés sabios tan sensibles y sagaces en sus relaciones con el entorno (Ferenczi, 1932/1990, p. 118).

La idea del fragmento como modo original encuentra algunas dificultades en la traducción latina de los textos de Ferenczi. Un buen ejemplo lo encontramos en el pequeño texto (también un fragmento) titulado *Toda adaptación está precedida por un intento inhibido de desintegración*, fechado el 08.10.1930. “Todo ser vivo reacciona ante una excitación de displacer con una disolución que comienza por una fragmentación”, escribe Ferenczi (1930b/1992, p. 239). Luego explica cómo la plasticidad adquirida por la fragmentación hace posible una nueva adaptación. En el texto original en alemán y en la traducción al inglés leemos:

La autoplastia siempre precede a la *autotomía*. La tendencia hacia la *autotomía* es inicialmente completa; sin embargo, una corriente opuesta (pulsión de autoconservación, pulsión de vida) inhibe la desintegración y empuja hacia una nueva consolidación, **siempre que la plasticidad resultante de la fragmentación lo permita.**² (Ferenczi, 1930c/1994, p. 220, énfasis mío).

Sorprende que la traducción francesa transmita la concepción opuesta, y que las traducciones española y brasileña, basadas en la traducción francesa, hayan reproducido el error. En portugués, leemos: “La autoplastia precede siempre a la *autonomía*. La tendencia hacia la *autonomía* es inicialmente completa” (Ferenczi ZI, 1930b/1992, p. 239, énfasis mío). Al reemplazar la autotomía por la autonomía, se transmite la idea de que nuestra principal tendencia es hacia la individualidad, y no hacia la fragmentación, como se afirma en el texto original. Para Ferenczi, incluso la plasticidad resulta de la fragmentación, y es esto lo que nos proporciona adaptabilidad corporal y psíquica. No nos movemos, en este caso, de la unidad a la división, sino, por el contrario, de los fragmentos a una unidad provisional.

Esta idea es importante para la clínica, especialmente en la actualidad. Si consideramos las islas oceánicas, admitimos una fragmentación que no deriva de una integración preexistente; en ese caso, nuestro objetivo último, en la clínica, no puede ser el de retornar a ella. Buscar integrar las partes escindidas implica muchas veces normalizar el funcionamiento psíquico de los pacientes que acuden a nosotros, sometiéndolos a un modelo subjetivo que estaría sirviendo de patrón universal para todos los demás. Un modelo que realmente nos refleja. Para escapar a este tipo de aspiraciones, tendríamos que abandonar las pretensiones unificadoras

y nuestro propio narcisismo. Como afirman Mello, Carneiro y Magalhães (2019, p. 10): “no se trata de desclivar la psique”.

Pero, en ese caso, ¿cómo trabajar con la fragmentación? Hemos visto que, en Ferenczi, la fragmentación no siempre es patológica; constituye la vida psíquica y la enriquece. Por tanto, una vida fragmentada no es necesariamente una vida pobre; la fragmentación crea superficies más grandes para tratar con el mundo circundante y, por lo tanto, permite que se desarrolle la percepción, la memoria y la capacidad de pensar. Por lo tanto, Ferenczi (1932/1990, p. 150) afirma que la destrucción del yo es la condición previa de la percepción objetiva. En este sentido, fragmentar es trabajo y trabajo creativo (Knobloch, 1998). El yo ferencziano no es un yo circunscrito, sino un yo que se expande constantemente, tanto por sobresaltos como por introyecciones. Un yo que sólo se constituye en la medida en que se fragmenta o se disuelve.

Muchos de nuestros pacientes funcionan y se expresan de forma prioritariamente fragmentada: silencios, habla interrumpida o mal conectada, dificultades en la asociación libre, oscilaciones afectivas. El desafío del analista es aceptar la fragmentación sin ninguna expectativa de coherencia o sistematicidad, acompañando las variaciones afectivas de sus pacientes y dejándose sensibilizar por ellas. Esto significa soportar estos momentos fragmentarios sin tratar de unir las partes, o incluso confrontarlas entre sí -“ahora dices esto, pero al comienzo de la sesión dijiste lo contrario”, actitud de quien pretende atrapar el sujeto en el acto de cometer un delito. Si seguimos con Ferenczi, la idea no es profundizar la escisión o eliminarla, sino acogerla como una forma de ser válida, con todas sus inconclusos, sus rasgaduras y sus remiendos.

En lugar de pegar lo que está fracturado, se trata de darle un destino. Si el analista apoya y afirma la fragmentación como un modo subjetivo legítimo, el paciente se siente más cómodo moviéndose entre las piezas, dejando de culparse por no lograr coherencia o no sentirse viable como persona. El sufrimiento del sujeto proviene, en la mayoría de los casos, de su intento fallido de integración. El entorno no le permitió vivir con tranquilidad sus experiencias de no integración, o lo que es lo mismo, le impuso una manera de integrarse sin tener en cuenta su ritmo y su forma de ser. Aprisionado entre la imposición de la integración y su propia imposibilidad, el sujeto no es capaz de dar destino a los fragmentos que lo constituyen. Si abandonamos este ímpetu integrador y proporcionamos al paciente una experiencia diferente, trabajando sus fragmentos uno a uno, desaparece la “culpa de insuficiencia” que padece. El sujeto se vuelve capaz de transitar por las piezas sin culpa, de percibir en ellas una fuerza y de darles un destino y un sentido, sin preocuparse por ensamblarlas. La integración es un destino posible y legítimo para un tema en análisis, pero está lejos de ser el único. En la experiencia analítica, el paciente podrá dar una dirección a sus fragmentos, y no nos corresponde a nosotros demarcarla de antemano ni para él.

Un análisis no es simplemente un encuentro en el que se descifra el sufrimiento, se revelan los secretos de la existencia o se reconecta lo separado. Incluso si puede suceder, esto no es lo fundamental de una experiencia analítica. Lo que marca la diferencia en un análisis, como afirma Pontalis (2014), es la experiencia de la intimidad. Si el analista acompaña las diversas variaciones subjetivas de un paciente, aunque carezcan de conexión o coherencia, se establece una intimidad que no tiene equivalente en ningún otro lugar, en ninguna otra forma de relación, más allá de lo que se puede decir, narrar o integrar.

REFERENCIAS

- BENJAMIN, W. A doutrina das semelhanças (1933). São Paulo: Brasiliense, 1985, p. 108-113. (Obras escolhidas. Magia e técnica, arte e política, 1)
- DELEUZE, G. Causas e razões das ilhas desertas (1953). In: DELEUZE, G. A ilha deserta e outros textos (1953-1974). São Paulo: Iluminuras, 2006, p. 17-22.
- FERENCZI, S. A criança mal acolhida e sua pulsão de morte (1929). São Paulo: Martins Fontes, 1992, p. 47-51. (Obras completas, Psicanálise IV)
- FERENCZI, S. Each adaptation is preceded by an inhibited attempt at splitting (1930c). Notes and fragments. In: FERENCZI, S. Final contributions to the problems and methods of psychoanalysis. London: Karnac, 1994, p. 220.
- FERENCZI, S. Diário Clínico (1932). São Paulo: Martins Fontes, 1990.

- FERENCZI, S. O problema da afirmação do desprazer (1926). São Paulo: Martins Fontes, 1993, p. 393-404. (Obras completas, Psicanálise III)
- FERENCZI, S. Thalassa: ensaio sobre a teoria da genitalidade (1924). São Paulo: Martins Fontes, 1993, p. 255-325. (Obras completas, Psicanálise III)
- FERENCZI, S. Toda adaptação é precedida de uma tentativa inibida de desintegração (1930b). São Paulo: Martins Fontes, 1992, p. 239. (Obras completas, Psicanálise IV - Notas e fragmentos)
- FERENCZI, S. Traumatismo e aspiração à cura (1930a). São Paulo: Martins Fontes, 1992, p. 248. (Obras completas, Psicanálise IV - Notas e fragmentos)
- HAROCHE, C. A condição sensível: formas e maneiras de sentir no Ocidente. Rio de Janeiro: Contra Capa, 2008.
- HÁRS, G. P. O conceito de paixão no Diário Clínico de Ferenczi. Trad. Luís Otávio Nicodemos. Tempo Psicanalítico, v. 47, n. 1, p. 9-21, 2015.
- KNOBLOCH, F. Le travail du trauma. Les lettres de la Société de Psychanalyse Freudienne, v. 2, n. 4, 1998.
- MELLO, R. M., CARNEIRO, T. F.; MAGALHÃES, A. S. Trauma, clivagem e progressão intelectual: um estudo sobre o bebê sábio ferencziano. Psicologia em Estudo, v. 24, 2019. Disponível em: <https://doi.org/10.4025/psicoestud.v24i0.45390>. Acesso em: 03 jul. 2020.
- PONTALIS, J. B. Entrevista com J. B. Pontalis. In: SELAIBE, A.; CARVALHO, A. (orgs). Psicanálise Entrevista, 2. São Paulo: Estação Liberdade, 2014.
- SCHLEGEL, F. O dialeto dos fragmentos (1798). São Paulo: Iluminuras, 1987.
- SZYMBORSKA, W. Um amor feliz. São Paulo: Companhia das Letras, 2016.

Artículo basado en la conferencia presentada em Fragmentaciones. Encuentro sobre Sándor Ferenczi Estudios e investigación, Lisboa 19 feb. 2020.

(*) Psicoanalista, miembro efectivo del Círculo Psicoanalítico de Rio de Janeiro, doctora en Psicología Clínica, profesora titular da UNIRIO.

E-mail: jogondar@uol.com.br

Publicado en: *Ágora: Estudos em Teoria Psicanalítica* *Ágora*, v. XXIV N° 1, pp. 47-52, janeiro/abril, Rio de Janeiro, 2021.

DOI - <http://dx.doi.org/10.1590/1809-44142021001006>

<https://www.scielo.br/j/agora/a/RSM7rWq4hfVnb8hcsqs97rs/>

Volver a Artículos sobre Ferenczi
Volver a Newsletter 23-ALSF

Notas al final

1.- Universidad Federal del Estado de Río de Janeiro. Río de Janeiro, RJ, Brasil. Profesora de la Universidad Federal del Estado de Río de Janeiro. Miembro del Círculo Psicoanalítico de Río de Janeiro, del Comité Ejecutivo de la Red Internacional Sándor Ferenczi y de la Federación Internacional de Sociedades Psicoanalíticas.

2.- En la traducción inglesa, se lee: "Consequently autoplasmic adaptation is always preceded by autotomy. The tendency to autotomy in the first instance tends to be complete. Yet an opposite movement (instinct of self-preservation, life-instinct) inhibits the disintegration and drives toward a new consolidation, as soon as this has been made possible by the plasticity developed in the course of fragmentation".